

COMEDIA

DANTE

EL SUEÑO

Después de mi primer encuentro con esta gentilísima, transcurrieron tantos días que llegaron a cumplirse nueve años. Y en el último día en que se cumplió ese tiempo, la admirable dama me apareció vestida de un color blanquísimo, en medio de dos gentiles damas de más grande edad. Y pasando por una calle, volvió los ojos hacia la parte donde me encontraba yo bastante turbado, y por su inefable cortesía, por la cual está hoy merecidamente en el gran siglo, me saludó muy virtuosamente, tanto que me pareció entonces ver todos los términos de la beatitud. La hora en que su dulcísimo saludo me alcanzó era precisamente la novena de ese día. Mas como aquella fue la primera vez que sus palabras brotaron para venir a mis oídos, preso de tanta dulzura, como embriagado, me retiré de la gente y recurrí al solitario lugar de mi habitación, y me puse a pensar en esta cortesísima. Y pensando en ella me sorprendió un suave sueño, en que tuve una maravillosa visión: me pareció ver en mi habitación una nubecilla color de fuego, dentro de la cual distinguí la figura de un señor de terrible aspecto para cualquiera que lo mirase; y parecía tener él tanto



gozo, que era algo admirable; y en sus palabras decía muchas cosas, de las cuales no entendí sino muy pocas, más entre ellas éstas: soy tu señor. En sus brazos me pareció ver a una persona que dormía desnuda, envuelta sólo en un paño suavemente rojizo, en la que, mirando yo atentamente, conocí que era la dama que se había dignado el día anterior saludarme. Y en una de las manos me pareció ver que él sostenía una cosa toda en llamas, y que me decía estas palabras: Mira tu corazón. Y cuando estuvieron ellos así un momento, me pareció que despertaba a la que dormía; y tanto se empeñaba su ingenio que le hacía comer lo que ardía en la mano, lo cual ella comió indecisa. Después de esto no tardó mucho su alegría en convertirse en tristísimo llanto; y así llorando, apegaba más la dama a sus brazos, y con ella empezó a marcharse hacia el cielo. Yo tenía entonces tan grande angustia, que mi débil sueño no pudo continuar y se detuvo y quedé despierto.

VITA NUOVA, II (Fragmento)
Traducción de Carlos Montemayor

